

XXI

LOS HOMBRES Y SUS ARTES

Cagigas ve la evolución de la población en las costas españolas de la mar de Alborán como una sucesión desde el neolítico de oleadas e influencias norteafricanas con algunos toques orientales. A los ibero-saharianos de la «cultura de Almería» siguen las relaciones de los tartesios con los norteafricanos, los iberos de origen líbico, los púnicos que se penetran con los nativos hasta llegar a formar las poblaciones monocolor libio-fenicias predominantes. Cuando llegan los beréberes de Tariq, los ifriqíes de al-Hurr, los zabata de Almanzor, los abmorávides y almohades de los Banu Marin, vienen a su casa. Sánchez Albornoz dice que los musulmanes norteafricanos encontraron aquí a los púnicos, unos y otros de la otra orilla de la mar de Alborán, por lo que no se extrañaron.

Mohamed ibn Azzuz ve en el enfrente africano igual panorama étnico que en las costas andaluzas. Cree que durante el neolítico en ambas orillas la población pertenece a la misma raza. Los fenicios establecen en la africana factorías —Ceuta, Abyla, Melilla y Russadir—, que hacen juego con las que levantan en la española —Gádir, Málaga, Abdera y Baria—. Los griegos tienen durante algún tiempo una estación en la desembocadura del Melua y otra, Molybdana, en la del Almanzora.

Por una y otra orilla llegan a la opuesta gotas de sangre exótica. Por las españolas salpican las norteafricanas las de los bizantinos, que por corresponder a dominadores imperialistas no dejan rastros apreciables, por las africanas llegan a las españolas la de los árabes, que por las ideas, y casi nada por la sangre, penetran profundamente en la carne viva de los

españoles. En la cuarta generación la sangre árabe había desaparecido diluida en la española. Las ideas islámicas se perpetúan hasta la expulsión de los moriscos en el siglo XVII, que eran más españoles que norteafricanos.

De los árabes los primeros en llegar a la Baja Alpujarra almeriense fueron los Udriés, pusieron su solar en Dalías. Lo anota Ibn Hazn en su *Yamhara*, una colección de genealogía, que los árabes llamaban «Libros de ansab». Dice de ellos que eran idealistas refinados y expone el mito árabe del amor *udrí*, así llamado del nombre de la tribu de los *Banu Udra*, que literalmente significa *Hijos de la Virgindad*.

También habitaron en Dalías miembros de la tribu de Qudaa. Vimos que el emir Hixem encargó a un *Banu Haxin* reducir al *udrí* Zugayba, rebelado con su hermano en Escariantes, y en premio le dio la Taha de Berja. Eran señoríos feudales. Trajo a los de su tribu, los *Banu Haxin*. Dice el P. Pareja que según los genealogistas árabes, Mahoma pertenecía a la tribu de los *Qurays* y de ella a la estirpe de los *Banu Haxin*.

Los indígenas que capitularon, vieron respetados el ejercicio de su religión, cristiana o judía, y sus bienes mediante el pago de una contribución especial, del que se libraban si islamizaban, cosa fácil pues bastaba con pronunciar la profesión de fe musulmana: No hay más que un solo dios y Mahoma es su profeta. Una mayoría de los cristianos islamizó y los llamaron *muladíes*.

Los que siguieron fieles a su fe cristiana se llaman *mozárabes*, cristianos entre árabes. Permanecieron en la España musulmana durante más de cinco siglos, aislados, hasta que los almohades expulsaron a los que quedaban. No quedan rastros arqueológicos suyos en nuestra tierra. Sus reliquias son topónimos peculiares por sus terminación. *Capileira* en Berja, *Fannefaire* en Beninar y *Anobeira* en la costa de Dalías.

Las comunidades judías de Granada, Pechina y Adra gozaron de las libertades concedidas a los *mozárabes*, por ser como éstos gentes del Libro, la Biblia, con más prerrogativas, pues ayudaron a los invasores en la conquista como tropas de ocupación.

Dos cuestiones. ¿Cuándo se configura el español moderno? ¿Fueron de religión o políticas las guerras de la reconquista? Dos cuestiones muy debatidas, que al estudiar el pasado de cualquier parcela de España por pequeña que sea deben dilucidarse o al menos iluminarse con las luces de los grandes historiadores. Difieren en la respuesta a la primera Américo Castro y Sánchez Albornoz. El primero sostiene que la inconfundible personalidad española nace y se conforma durante la Edad Media, el segundo defiende que ya nacida cuando llegan los musulmanes, se depura en

el crisol medieval. «Las características esenciales —define Sánchez Albornoz— de lo español moderno se acuñan, se afirman o se perfeccionan durante los siglos de pugna y convivencia entre la Cristiandad y el Islán peninsulares y como consecuencia de la vivificación, exaltación, relajamiento, atenuación, renacimiento o mudanza de las viejas calidades, tendencias o hábitos integrantes de la contextura vital de lo español ancestral».

La otra cuestión la clarifica uno de los protagonistas, el Infante don Juan Manuel. En su «Libro de los Estados» elimina lo religioso como motivo principal de la guerra contra los moros. «Ha guerra entre los cristianos et los moros et habra fasta que hayan cobrado los cristianos las tierras que los moros les tienen forzadas, ca quanto por la ley nin por la secta que ellos tienen non habrían guerras entre ellos, ca Jesucristo nunca mandó que matasen nin apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca él non quiere servicio forzado, sinon el que se faze de buen talante et de grado». Es el hecho de la ocupación de las tierras españolas por forasteros, sin tener en cuenta sus ideas, lo que a un cronista castellano del siglo XV le parece «una historia triste y llorosa, indigna de metro y prosa». Y que los echen, lo que enfurece a los musulmanes.

El dogma fundamental del Islam es la unicidad de Dios. Los otros son la certeza de la vida futura, la remuneración final, la eternidad de los premios y castigos, pudiendo éstos ser revocados por Alá, las almas de los que mueren en la guerra santa van directamente al Paraíso, entendido éste de un modo material. Las prácticas religiosas son la oración personal cinco veces al día, a la que convoca el almuédano desde el minarete de la mezquita, y la oración en común el viernes. El ayuno del mes del Ramadán. La limosna de un diezmo para atender a los gastos de la comunidad. La peregrinación a la Meca. Las reuniones en las mezquitas para oír sermones o lecturas del Corán y en las rábitas o ermitas para recitar letanías al son del caramillo y la flauta. Las rogativas por la lluvia en la musallá, oratorio al aire libre, extramuros, al que se salía en procesión, costumbre que copiaron los cristianos.

Consta documentalmente de la existencia de una mezquita aljama en el Zoco de Berja y de mezquitas de barrio en Castala, Capileira, Alcaudique, Benejí y Saïobra, en cuyos solares se han edificado después templos cristianos. Las debía haber también en las aldeas y barrios de las otras tahas. Habices se llaman los bienes muebles o inmuebles, que los musulmanes destinaban a fundaciones piadosas, cuyas rentas se empleaban en la conservación de las mezquitas, instituciones religiosas y redención de cautivos. Administraba estas rentas el cadí (juez) y se guardaban en las mezquitas.

Los granadinos eran muy aficionados a las fiestas. Mirhayan era la de fin de año, Nayruz la del día de año nuevo. Con la Sabaniya, últimos días del mes de Saban, se despedían para comenzar el ayuno del Ramadán. La pascua del grano se celebraba comiendo trigo cocido con leche en memoria del que comió Armina, madre de Mahoma. Durante el otoño celebraban la pascua de los Alacres o Alerces, durante la cual las familias se retiraban a las casas de campo para hacer la vendimia y las pasas. Ibn Jaldun distingue entre zambra-baile y zambra-orquesta que lo acompañaba. Los zocos y las puertas de las poblaciones hervían de vendedores de plantas medicinales, ungüentos, triacas, amuletos, astrólogos, decidores de la buena ventura, funámbulos, equilibristas, narradores de cuentos, cantores de zayal, embaucadores, mendigos.

Los caballeros celebraban sus juegos en las correderas, espacios abiertos extramuros, en los que se ejercitaban los jinetes en tirar a la tabla, ensartar la sortija, jugar las cañas, correr toros, diversiones de la tierra, juegos de moros y cristianos, que se han perpetuado. Caballos de caña y adargas de madera eran los juguetes de los niños para jugar a los soldados. Caballos de barro cocido, con jinete o sin él, eran juguetes corrientes en la España musulmana.

Con la dominación musulmana empeoró la suerte de los cristianos y se mantuvo igual la de los que islamizaron. La sociedad española sólo cambió de amo. García Tolsá distingue en la sociedad hispanomusulmana, hasta el siglo IX, en los recién llegados dos grupos, el de los militares de la conquista y el de los inmigrantes posteriores y en los indígenas otros dos grupos, muladíes y mozárabes. Con Abd al-Rahman III, el gran califa creador de la España musulmana, se forma en el campo una clase media de pequeños propietarios y en las ciudades una clase media de burócratas, médicos, alarides, artesanos, comerciantes y judíos. La aristocracia sigue formada por los árabes, convertidos en terratenientes, que retienen en sus manos la jefatura del ejército y el poder político, tienen cierta cultura y tibieza religiosa. En la segunda mitad del siglo X se agrega la aristocracia burocrática y militar de los eslavos, que domina de Berja a Denia.

En nuestra tierra, abandonada hasta el olvido la elaboración del garum, que la enriqueció en la época romana, sus vecinos se consagran a la industria textil de la seda —cultivo de morales, cría de los gusanos, elaboración de la seda y fabricación de los tejidos y comercio de los mismos—, que la hace famosa en el mundo mediterráneo. Este ciclo no se concentraba en Almería sino que se extendía por su tierra; los alpujarreños y los almerienses hasta la tierra de Vera y los Vélez son los que más trabajan y se enriquecen con esta nueva artesanía.

A uno y otro lado de la mar de Alborán la familia estaba organizada según el sistema que Tilión llama «mediterráneo», porque es probable que sea el más antiguo sobre las costas de este mar. Se caracteriza por una filiación exclusivamente masculina, con toda la autoridad atribuida al padre, con una sobrevaloración de la virtud de las mujeres y de la virginidad de las hijas. En las ciudades se distinguen dos grupos, uno introvertido, recluido en el harén, el de las mujeres, y otro extrovertido, que vive en los zocos, come fuera de casa y sólo regresa para dormir, el de los hombres. En la Granada nazarita, contagiada de las costumbres castellanas y aragonesas, las mujeres salen a la calle sin compañía y han olvidado el uso del velo, que Yusuf I tuvo que imponerles para entrar en las mezquitas.

Práctica higiénica era el hitan o circuncisión, que el pueblo musulmán consideraba, junto con la abstinencia de carne de cerdo y de bebidas alcohólicas, un distintivo de los musulmanes; pero las tres eran anteriores al Islam y la primera se practica hoy en muchos países. Los baños eran en España de tradición romana. La influencia musulmana los extendió e hizo populares. Solían contar con tres habitaciones: una para desnudarse, otra para el baño caliente y la intermedia entre ambas. En Benejil (Berja) queda un pabellón de un baño. En Celín (Dalías) otro conocido por el Baño de la Reina, a sus espaldas un pequeño embalse o pantano le proporcionaba el agua, que recogía de las fuentes. El Libro de Apeo y Población de Felix indica la existencia de un baño junto a la fuente de Enix. El Edrisi dice de Adra que tenía baños públicos. Baños medicinales eran los de Marbella, situados junto al Río Grande aguas arriba de La Alquería; de sus tres manantiales el del Barranquillo da aguas templadas, que curan las afecciones de la piel. Lo mismo el de Guardiasviejas sobre la playa. En las preferencias de los hispanomusulmanes la higiene ocupaba el primer lugar.

Los alimentos básicos en el reino de Granada —dice Ibn al-Jatib— eran trigo y panizo, en grano o molidos, trigo el candeal. Los jornaleros y la gente pobre consumían cebada y aceite, a lo que atribuye Ibn Jaldun su elegancia e inteligencia. Aventajaban a los europeos, que sólo consumían centeno y cebada. Estas harinas se tomaban en sopas. Los hispanomusulmanes medievales llamaban a estas comidas ahirsa, yaris, tarid, arida, hoy se siguen tomando en nuestros campos y se les llama masarayá, talbinas, hormigos, gachastortas. A estos cereales se añadía el arroz. A estas comidas se añadían las aderezadas con verduras y legumbres secas, los fritos y las carnes.

Los matarifes sacrificaban a los animales cara a la qibla, pronunciando el nombre de Ala. Estaban prohibidas las carnes de cerdo, caballo, asno, mulo, animales carnívoros, aves de rapiña y peces sin escama. Ibn al-

Sahib, un escritor del siglo XI, llama a la aldea mozárabe Ana, sita quizás en el Campo de Dalías, «un pueblo todo él tabernas, en el que había cerdos por todo ganado». Esto atraía precisamente a los musulmanes, que acudían a estos pueblos a saciarse de tales carnes y bebidas. De pescados han reunido los arabistas hasta diecisiete recetas.

Desde el segundo milenio anterior a nuestra era se guardaba la nieve en neveros, pozos que se llenaban de nieve apretada y cubierta de tierra en la sierra durante los inviernos, se bajaba en verano a las poblaciones y se consumía en sorbetes. Los postres preferidos eran las frutas. Ibn al-Jatib dice que las «uvas se guardaban durante las dos terceras partes del año sin que se estropearan». Esto acostumbraban hacer en Berja; hace unos años vi racimos frescos que se mantenían así colgados o sobre una tabla, en casa de don Antonio Ruiz Samos.

Los vecinos musulmanes de las tierras almerienses acostumbraban a vestir de blanco en días de fiesta, generalmente no llevaban turbante, conservaban la moda romana de ir a pelo. Los escritores árabes el Qatqasandí y el Humarí, de los siglos XIV-XV, dicen que los andaluces del reino de Granada no usan turbante, ponen gran cuidado en arreglarse el cabello, que llevan siempre limpio y que suelen teñir con aleña (la principal productora de esta planta era Alboloduy), cuando no es totalmente blanco. Usan el taylasan (especie de capa ligera), que llevan con gracia, la dejan caer sobre los hombros y la pliegan elegantemente. El turbante apenas se ve».

En la costa de la Baja Alpujarra oriental se siguieron utilizando las pesquerías de Adra, Balerna, Guardiasviejas, Roquetas y Aguadulce. Se solía salir a pescar «al cuarto del alba». No sabemos en qué cantidad y calidad se fabricaron las salazones. Ibn Luyun nos ha conservado una receta, que recuerda la fabricación del garum. «Al-Sir son pescados pequeños que se secan al sol con sal y después se machacan. Luego se les echa una cantidad de sal equivalente a la cuarta parte del pescado y se completa el preparado añadiendo polvo de carbón. Es conviene poner algo que le de un sabor agradable, como las hojas de la toronja. También se puede preparar, cociendo en agua y sal estos pescaditos y agregando algo que los salzone. Tras haberlos pulverizado, se secan al sol en forma de tortas». El pescado fresco se llevaba a vender al interior en capachos bien metidos en sal, que los arrieros compraban en las salinas de los Cerrillos, que eran de los reyes de Granada.

Los nuevos señores de la tierra descubrieron pronto las riquezas mineras de la sierra de Gádor. El Moro Razi dice en la primera mitad del siglo X de la cora de Elvira, a la que entonces pertenecía la Alpujarra: «Hay aquí minas de oro, de plata, de plomo, de cobre y de hierro». Orbaneja

interpreta exageradamente esto. Los moros pusieron a sierra de Gádor «Gormita de heb, que quiere decir en su arábigo Cueva de Oro». Los hispanomusulmanes explotaron los filones de plomo de la sierra de Gádor tanto por la parte de Berja como de Dalias. El Maqqari dice: «Uno de ellos es el distrito de Berjah, donde hay yacimientos de plomo en gran abundancia». Abd-i-Wahid añadió: «En los distritos de Almería, a día y medio de ella, en el lugar conocido por Dalaya, hay una mina de plomo».

Un informe de 1571 hecho por cristianos viejos, que sobrevivieron a la persecución de los moriscos, dice de Castala, barrio de Berja situado al pie de la sierra de Gádor, que es tierra de mina de alcohol y de plomo. Oliver Asín atribuye la desaparición de los grandes bosques, que antaño debían rodear este poblado, al consumo de leña para la fundición de los minerales. Esta destrucción se completó en el siglo XIX. El laboreo de las minas de plomo de la sierra de Gádor continuó hasta la rebelión de los moriscos en el 1568. El Libro de Apeo y Población de Laujar dice: «En la sierra de Gádor, que está una legua de Andarax (Laujar), ay mineros de plomo... los dichos mineros se usaban y se sacaba mucho plomo, y que también ay en la dicha sierra mineros de alcohol». En el Libro de Apeo y Población de Alcolea se dice que la explotación de estas minas la tenía a rento un caballero de Sevilla, que llevaba el quinto.

De la fabricación de azúcar es el Moro Raci el que nos da la primera noticia. Dice del distrito o cora de Elvira (Granada) en el que entonces se comprendía toda la Alpujarra: «Se encuentra aquí mucha caña, que sirve para la preparación del azúcar». Se refiere a Almuñécar y Salobreña. El Udri extiende este cultivo a la Somadihiya en las afueras de Almería, junto al río. Supongo que también se cultivaría en Adra. Cuando los Reyes Católicos conquistan el reino de Granada, había en las vegas de la costa de la Alpujarra catorce ingenios y uno en Almería. El azúcar tenía una aplicación industrial. Dice un escritor árabe, según Gayangos, que en tierras almerienses se almibaraban las frutas y se exportaban en cantidad considerable a Ifriqiya (Túnez) y Egipto.

En Villavieja, solar de la Berja musulmana y su alcazaba, se suele encontrar abundantes fragmentos de cerámica del tiempo del califato cordobés, siglo X, y nazarita, siglos XIII-XV, vidriada con decoración de trazos verdes sobre fondo blanco, estampillada con diversos motivos y barnizada en rojo y en verde. Lo mismo ocurre en las ruinas de las otras fortalezas de la comarca.

En el reino granadino el aparato militar estaba montado a base de dos ejércitos, uno compuesto por la nobleza andaluza y las levás que se recogían cuando era necesario, lo mandaba el rey secundado por algunos caides, otro formado por voluntarios y exiliados marroquíes, principalmente

de las cábitas mariní, zayyani, ayyisi y árabes magribíes. El mando directo lo ejercía un pariente de los reyes de Marruecos. Estas tropas se ocupaban en razziar las tierras fronterizas cristianas, por lo que las llamaban algaradores magribíes.

La piratería, endémica en el Mediterráneo, alcanzó su apogeo en los siglos IX y X y obligó a los países litorales a reforzar o montar de nuevo el aparato defensivo de las costas. Se reconstruyeron las atalayas, invención cartaginesa, y se construyeron los ribat, aportación árabe, que eran recintos murados, guarnecidos por voluntarios, que llevaban vida ascética, estaban encargados de defender el entorno y se relevaban periódicamente. El ribat o convento fortificado y la rábita o ermita son parientes, se influyen mutuamente y se prestan el nombre al pasar al castellano. Daban los rebatos con ahumadas durante el día y con ahmenaras de noche.

Se llaman atalayas a los lugares eminentes o a las torres levantadas en ellos, desde los que se atalayaba u observaba el territorio circundante. En ellas prestaban servicio dos o tres hombres. La mención más antigua de una atalaya costera existente en nuestra tierra la hace el Edrisí en el siglo XII. «Desde esta aldea (Pechiniz-Aguadulce) a la extremidad del golfo (Punta del Sabinar), en que hay una torre desde la que se alumbra para advertir la aproximación de los barcos enemigos. Ibn al-Jatib dice que en el año 1359 Ridwan, hayib de Yusuf I, mandó construir de nueva planta o reparar otras anteriores unas cuarenta torres a lo largo de la costa, desde Gibraltar hasta la frontera de Vera-Aguilas. Algunas llegaron al 1497, que los Reyes Católicos reorganizaron la defensa de la zona. Se conservaban algunas, faltas de reparo. La de Guainos, redonda y de dos cuerpos, la del Mar, reconstruida como torre-fuerte de la fortaleza construida en Adra a principio del siglo XVI, la de la Guarda Vieja, la de los Cerrillos y la Torre Quebrada en la Algaida, de construcción romana, cuyos muros de sillares de cantería aprovecharon los almorávides como base de la que construyeron sobre ellos.

Leví-Provençal clasifica en tres grupos las fortalezas hispanomusulmanes: la qala, el hisn y la sajra. La qala era una plaza fuerte, una población murada con fortaleza, que se llamaba alcazaba; en nuestra tierra la de Villavieja (Berja). El hisn era un castillo emplazado en un lugar elevado, para proteger una comarca; típico era el Hizán de Dalías. La sajra o peña era un recinto natural, inaccesible, que servía de refugio en casos de emergencia; el Cerro de la Matanza de Feiix. El maqil era una torre, en la que se refugiaban los vecinos del entorno en caso de peligro; lo que hoy se llama la fortaleza de Feiix.

De la antigua ciudad murada de la Vergi hispanorromana, que los Beni Haxin restauraron en el siglo IX y utilizaron como alcazaba de la taha,

quedan montones de escombros que señalan los muros del recinto y las torres que los jalonaban, un tramo de cinco o seis metros de altura, de tapial, levantado sobre un muro de sillares de un metro de altura, que muestra la estructura del recinto en la Alta Edad Media: muros de tapial sobre muros de sillares. Al Norte, como torre albarrana, la planta de una construcción cuadrangular de mampostería. Al Sur y al Suroeste muros de mampostería, bastante bien conservados, cobijan una puerta y la bajada al manantial, del que se surtía. En el interior, en la cumbre quedan dos aljibes y debajo un tramo largo de un muro de construcción romana. Por doquier restos de paredes de viviendas y cerámica superficial sigillata y cañal y fragmentos de vidrio.

A partir de la ocupación de Almería por genoveses y castellanos en el 1147, las tropas que quedaron en esta ciudad realizaron una incursión por Berja y destruyeron parte de la fortaleza, pues los vecinos de Benejí muestran a las tropas almohades, que llegan en el 1156, la alcazaba abandonada. Ibn al-Jatib dice mediado el siglo XIV que esta fortaleza era muy sólida, pero que en su tiempo estaba destruida.

En La Alquería de Adra queda una torre redonda, «donde había antiguamente —según Mármol— que los moros llamaban la Alcazaba».

El castillo de Escarientes era un típico Hisn construido sobre un cerro, que el Udri llama en el siglo XI «Peñas Alpujarra» y ahora le dicen Cerro del Castillo. Se alza en la confluencia de los ríos Ugíjar y Alcolea, que forman el Río Grande de Adra. Quedan un aljibe, algunos tramos de muralla y montones de escombros que señalan la existencia de un bastión.

El Hizán de Dalías se alzaba sobre una meseta estrecha, al Nordeste de Algizar, barrio de Celín. Se conserva una torre de tapial macizo, de planta cuadrada, de diez metros de lado, en ruinas por la erosión, en el extremo oriental; en el extremo occidental hay una ermita del siglo XVIII y junto a ella una atalaya de planta octogonal, del siglo XIV-XV, que a partir del 1570 llamaban la torre de Garabito, porque desde ella arrojaron los moriscos al cura de este nombre. El conjunto domina el pantano y los baños de la Reina. Por debajo sobre dos alturas, el cerro Janda una y la cota 514 la otra, que dominan la Dalías actual, antiguo barrio de Ambrox, el principal de la taha, dos rábitas tardías. La del cerro Jandac es de planta rectangular, de 6,70 m por 3,35, muros de tapial. La otra es de planta trapezoidal, 3,90 m por 715 por 645, de unos seis metros de altura. Se trata de dos rábitas de campo, construidas en puntos dominantes del entorno, como se hace ahora en Marruecos, como apunta Patrice Crescier en un reciente trabajo sobre Dalías.

En Felix un saja o peña de refugio se hizo famosa en la guerra de los moriscos, en ella se defendieron los moriscos hasta ser exterminados por los soldados del marqués de los Vélez. En Felix queda un maqil o fortaleza de refugio. Está en alto, junto al camino de Almería, que salía del lugar antiguo, barrio muy pobre. Es de planta rectangular, muros de tapial. Domina la población actual. Sirve ahora de corral de ganado.

En el Campo de Dalías, junto al camino viejo, quedaban hasta hace poco las ruinas de un torreón y junto a la carretera actual un corralón de muros de tapial; ambos pudieran ser restos de un maqil, fortalezas de refugio.

En las ruinas indicadas de fortalezas y baños aparecen unos grafitos, que hasta ahora son un misterio. Cressier ha hecho un estudio, que resumo, con su licencia, a continuación. En la antigua fortaleza musulmana de Villavieja, en un muro aparece una cruz de dos brazos inscrita en un marco rectangular sin acabar, cruz que llaman patriarcal o de Lorena. Otro muro está literalmente cubierto de signos grabados, cruces griegas y latinas, letras omegas y alfas. En otra cara de este muro una cruz, cuyos brazos están unidos en forma de arco sobre la cabeza del trazo vertical. Cressier cree que es una versión torpe de la cruz egipcia o de San Antonio o del crismón. Un indiano opinará que es un indalo muy estilizado.

En el baño de Benejí, en el extremo Norte del interior de la nave, sobre todo en la pared Este, bastantes grabados, todos omegas.

En el interior de la pared sur del aljibe de la fortaleza de Escarriantes aparecen muchos graffiti hasta cubrirla, el conjunto resulta muy confuso, los signos son bastante toscos. Se mezclan cruces latinas con cruces treboladas; aparecen también, y son las figuras más interesantes, algunos signos antropomórficos, que se pueden interpretar como rupestres prehistóricos o como la asociación de una cruz con una letra omega.

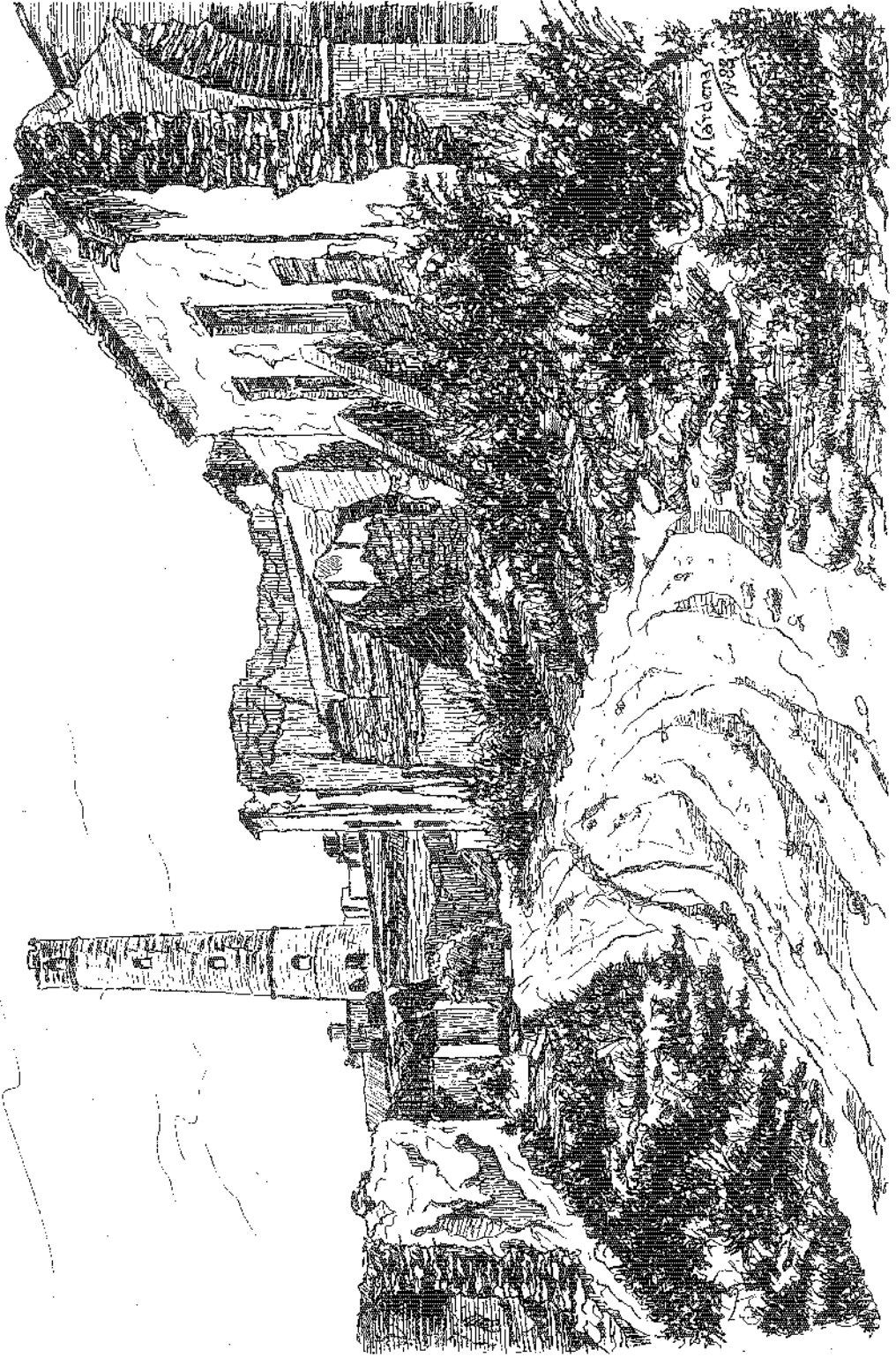
En Dalías, en la pared exterior oriental de la rábita del cerro Jandaq aparecen cruces latinas, cruces griegas y probables inscripciones árabes.

En Berja, en la pared interior de un aljibe sito junto al camino antiguo y abandonado, que baja de Benejí a las albuferas de Adra, aparece un alfa, una cruz y una omega. En las paredes interiores de otro aljibe, situado junto al camino que baja de Alcaudique a unirse con el camino anterior, multitud de signos: varios tipos de cruces latinas treboladas, omegas, cruz latina sobre omegas, tres círculos tangentes dispuestos en triángulos, que parece ser un signo trinitario.

Las figuras han sido grabadas a golpes con una piedra aguzada o un instrumento metálico, por lo que las formas son poco precisas. Casi todos los motivos representados son variaciones de la cruz y la omega o

herradura, ésta está presente en todos los sitios, totalmente en el aljibe de Benejí y la cruz latina en todos menos en uno. Signos únicos son la cruz egipcia o indalo, la cruz de Caravaca, los tres círculos tangentes, la cruz gamada como símbolo solar.

Estos datos y sugerencias se deben a Patrice Cressier, que ha visitado todos los sitios en que aparecen signos. Yo solamente he visto los aljibes del camino viejo de Benejí a las Albuferas. Opina Cressier que las grabaciones se realizaron durante la guerra de los moriscos o por cristianos escondidos en los aljibes o por soldados de guarnición en los presidios, que se establecieron por orden de don Juan de Austria en reductos construidos en los lugares más importantes, Berja y Dalías en la Alpujarra almeriense, Ugíjar y Jubiles en la granadina. En el libro «Flores del clero secular» se dice que el sacerdote Hernando de Vargas, que residía en Berja, salvó la vida escondido en un monte. No he encontrado referencias a esto en ningún documento. De ser cierto, es probable que se escondiera en la zona de aljibes del camino de Benejí. De todos modos creo que la hipótesis mejor fundada es la de Cressier y que las que he expuesto en otras ocasiones —grafitos paleocristianos— no tienen porvenir. Quedan extremos, la cruz gamada, sin aclarar.



Alm. Torre de los Perdigones